

Charlotte Link

*Años
tempestuosos*



Verano de 1914. Europa hierve, y para la joven y atractiva Felicia Degnely la vida ya no consiste en cómodos inviernos en Berlín y jubilosos veranos en Lulinn, la gran finca de sus abuelos en la Prusia Oriental, pues su estable y próspero mundo se tambalea cuando estalla la Primera Guerra Mundial. Los quince años que transcurren hasta el desastre del Viernes Negro de Wall Street representan para Felicia horror y caos, pero también riqueza y carrera. Ella ama la vida, el riesgo y el dinero, pero sobre todo ama a dos hombres totalmente diferentes: Maksim, el revolucionario idealista, y Alex, el realista cínico con el que contrae matrimonio. La mimada joven se convierte en una independiente mujer de negocios, que juega fuerte y cae. Sin embargo, le quedarán siempre el profundo apego a su tierra y a la familia, y una inquebrantable voluntad de lucha. Arrebatadores diálogos, sugestivas instantáneas de los centros de interés de aquella época —Berlín, Munich, San Petersburgo— y un acertado sentido del dramatismo hacen de la historia de Felicia Degnely y de su extensa familia una de las grandes novelas de nuestro tiempo. Una gran saga familiar que se inserta en decisivos momentos históricos y que, por su contenido, guarda cierto paralelismo con «Lo que el viento se llevó».

AÑOS TEMPESTUOSOS

Charlotte Link

Libro primero

1

El día de junio declinaba envuelto en la luz roja y dorada del atardecer. Por el cielo se deslizaban un par de deshilachadas nubes, en los prados cantaban los grillos, y las hojas de los árboles susurraban quedamente. Los bosques de abetos se oscurecían en el horizonte, y las sombras se alargaban sobre los campos. Los troncos de los pinos relucían en tonos castaños.

—Mañana regreso a Berlín —dijo Maksim.

El luminoso crepúsculo perdió al instante su esplendor. Leticia Degnelly, sentada junto a Maksim en la orilla de un arroyo, alzó la vista con expresión de alarma.

—¿Mañana? Pero... ¿por qué? ¡Si el verano acaba de empezar!

La respuesta de Maksim fue evasiva.

—Tengo que reunirme con unos amigos. Unos amigos importantes.

—¡Camaradas! —exclamó Felicia en tono burlón, pero el único objeto de su mofa era el de disimular lo dolida que se sentía.

Los dichosos camaradas eran más importantes que ella y que el verano que les hubiese aguardado en el campo, lleno de atardeceres como aquel.

Miró de reojo a Maksim y pensó con amargura: «¡Tú no sabes lo que quieres!».

Pero en su interior se daba cuenta de que Maksim lo sabía perfectamente. Los pensamientos de este estaban encadenados a una idea, no a ella. Y nunca pronunciaba las

palabras que otros hombres decían cuando la tenían cerca, frases como «Eres muy bonita» o «Creo que podría enamorarme de ti». No; sus temas eran cosas tan extrañas como subversión, revolución mundial, repartición de la propiedad, expropiación de los bienes de las clases acomodadas... Que para él existía un mundo al que ella no tenía acceso ni él se lo permitiría, era algo que había comprendido casi dos años atrás, el día del cumpleaños del emperador, en Berlín, cuando paseaban por las calles observando el júbilo de la gente y en el rostro de Maksim luchaban la ira y el cinismo. De pronto, él había murmurado unas palabras que luego resultaron proceder de Marx: «Este hombre solo es rey porque otros actúan como sus súbditos».

—¿Qué dices?

Inesperadamente, su boca había adquirido un gesto despectivo y casi brutal.

—¡Tanto da! —había replicado, al mismo tiempo que examinaba con menosprecio el elegante vestido y el nuevo sombrero que Felicia se había puesto para agradecerle—. ¡Tanto da! De cualquier forma, nunca lo comprenderás. ¡Nunca!

Tenía razón: ella no lo comprendía. No comprendía que él se apasionara por una *idea*, mientras que a ella la apasionaba la *vida*. Maksim quería transformar el mundo en bien de la humanidad, y Felicia..., Felicia solo quería lo mejor para sí misma. Pero además quería conseguir a Maksim Marakov.

Él era hijo de un ruso y una alemana; había pasado la juventud entre Petrogrado y Berlín y acudía todos los veranos a la finca que unos parientes poseían en las afueras de Insterburg, ciudad de la Prusia Oriental, no lejos de Lulinn, propiedad de los abuelos de Felicia. Maksim tenía cuatro años más que ella, y desde un principio habían sentido ambos una mutua y mágica atracción. Los dos eran morenos, de ojos claros y facciones regulares, por lo que mucha gente los tomaba por hermanos. Cuando estaban juntos, se su-

mergían en un mundo que solo les pertenecía a ellos, y su niñez quedó envuelta en el encanto de unos juegos secretos no interrumpidos por nadie. Los huertos de Lulinn, los bosques y lagos de alrededor y las extensas praderas constituyeron los escenarios de su relación. Pero en algún momento de algún verano, Maksim y Felicia volvieron a sus escenarios de entonces, y apenas se reconocieron. Ella iba muy elegante, con los cabellos recogidos y una sonrisa un poco artificial a la que se había acostumbrado. Maksim, en cambio, llevaba ropa gastada y se lo veía pálido y desmejorado. Los dos se habían hecho adultos, y sus primeros pasos en el nuevo camino conducían en direcciones distintas. Ahora solo los unían sus recuerdos, pero el futuro parecía ofrecer poco en común.

Y, de repente, Felicia se dio cuenta de que lo amaba. Lo amaría siempre.

Amaba aquel mundo oscuro y desconocido que no comprendía. Amaba sus ojos desdeñosos y las palabras de menosprecio que tenía para la burguesía establecida. Amaba sus cínicos comentarios sobre el káiser, y amaba la viva alegría de su rostro cuando hablaba de la revolución. Felicia amaba todo eso, sí, pero no percibía ni la seriedad ni la pasión que había detrás. No sabía ver que sus respectivos mundos se excluían el uno al otro.

Tenía dieciocho años, poseía una sana confianza en sí misma, y ni en sueños se le hubiese ocurrido leer *El capital* con el único fin de poder conversar sobre algo que no la afectaba en absoluto.

Para ella, lo importante eran los propios ojos, la boca, sus sedosos cabellos, los vestidos de gran escote y los perfumes misteriosos.

Permanecieron sentados en silencio hasta que se puso el sol, y ese silencio representaba la despedida de una época que había transcurrido de manera casi imperceptible. Al fin, Maksim se levantó, tomó la mano de Felicia y la hizo ponerse de pie junto a él.

—Ha refrescado —dijo—. Debiéramos volver a casa.

Estaban los dos muy cerca. Felicia llevaba un sombrero de paja barnizada de azul y ala muy ancha.

Ella alzó la cara y entreabrió los labios, expectante, ya que consideraba absurdo desperdiciar un momento como aquel. Durante unos segundos creyó descubrir en la mirada de Maksim algo de la antigua ternura, pero esta no tardó en apagarse, y él se excusó con una risa ligeramente forzada.

—No, Felicia. No quiero hacerte desgraciada, ni tampoco deseo serlo yo.

¿Qué decía? ¿De qué desgracia hablaba?

—Está bien —replicó, picada—. Si en adelante eliges vivir como un monje, ¡allá tú!

—Debo seguir mi camino, Felicia. Tú seguirás el tuyo, y no creo que nuestras sendas se crucen jamás.

—¿Significa eso que no volveremos a vernos?

—No de la manera que tú te imaginas.

—¿Por qué no?

Maksim arrancó iracundo una pequeña rama de árbol y la partió en pedazos.

—¿Es que no eres capaz de entenderlo, Felicia?

—Gracias. Creo que lo entiendo de sobra. Tú tienes que hundir el monopolio fiscal internacional, claro, y no te queda tiempo para nacer más. ¡Prefieres adorar a Marx noche tras noche, que besar una vez a una chica! Una vida realmente emocionante... ¡Espero que te diviertas mucho!

Felicia dio media vuelta y echó a correr. Conocía de memoria el sendero, y se las ingenió para no tropezar con ninguna de las raíces que asomaban por todas partes. Había esperado que Maksim la siguiese, pero al cabo de un rato comprobó que eso ni siquiera le pasaba por la cabeza. La rabia y el desaire le hicieron brotar las lágrimas. Solo al llegar a la alameda de Lulinn se sonó y se enjugó el rostro.

La casa señorial de Lulinn había sido construida doscientos años atrás, pese a que la familia Domberg vivía en

aquellas tierras desde hacía tres siglos. La primera casa había sido pasto de las llamas una noche, y se decía que le había pegado fuego, movida por los celos, una antepasada loca; la nueva, dada la urgencia del momento, resultó sencilla y austera: un edificio grande, de piedra gris y con numerosas ventanas. La hiedra trepaba por las paredes, a sus pies se extendía una florida rosaleda, y una avenida bordeada de robles conducía a la puerta principal. A ambos lados de ese paseo había amplios prados en los que pacían los *trakehner*, caballos que constituían el orgullo del viejo Domberg. Ahora se hallaba todo a oscuras. Entre los robles soplaban el viento y, en los pastizales, los nobles brutos se movían como sombras semejantes a elfos. Felicia se detuvo y miró a su alrededor, esperanzada. En ocasiones pasaba algún coche, y eso le evitaría tener que subir a pie toda la alameda.

Pero esta vez no fue así. La joven ya se disponía a seguir adelante, cuando en el cercano alisar percibió unos susurros y vio salir de él, a toda prisa, una borrosa figura.

—¡No se asuste, *fräulein*! ¡Soy yo, Jadzia!

—¡Dios mío, Jadzia! ¡Qué sobresalto! ¿Qué diantre hacías ahí metida?

Jadzia servía en Lulinn; una vieja polaca de la que el abuelo Domberg solía decir que nunca se sabía si estaría dispuesta a dejarse descuartizar por sus señores o si, por el contrario, una noche los asesinaría a todos en sus camas. Era una mujer extraña y misteriosa, que de cuando en cuando desaparecía para volver en el momento menos esperado. Corrían rumores de que Jadzia era contrabandista o socialista, o ambas cosas...

—Me enterado de algo —murmuró.

—¿De qué? —preguntó Felicia.

Podía tratarse de algo interesante.

Jadzia se arrimó a ella.

—Han asesinado al heredero de la Corona austríaca... ¡Hoy, en Sarajevo! Dicen haber sido un servio —explicó en

su deficiente alemán.

—¡Bah! Si no es más que eso... —contestó Felicia con total indiferencia.

—Habrá guerra —prosiguió Jadzia—. ¡Gran guerra!

—No, Jadzia. ¿Por qué tendría que resultar una guerra de ese asesinato?

La vieja sirvienta murmuró algo en su lengua polaca mientras Felicia continuaba su camino. Sarajevo... ¿Dónde estaba eso? Nunca había oído nombrar tal población. Además, le importaba poco. Lo único que la preocupaba era Maksim; se preguntaba por qué lo prefería a otros hombres. Y era porque todos los demás jóvenes que conocía, por muy agradables que fuesen, le resultaban aburridos en extremo. ¡Siempre tan terriblemente atentos y bien educados! Felicia los comprendía... y los despreciaba. No había en ellos nada enigmático y, en consecuencia, no representaban una provocación. Y eso era precisamente lo que ella buscaba. Felicia anhelaba la aventura, y en Maksim veía la realización de sus deseos.

Johannes, hermano de Felicia, cumplía veinticinco años aquel 28 de junio de 1914.

Aquel mismo día, además, había sido ascendido a teniente. E iniciaba sus vacaciones.

A primera hora de la mañana había abandonado, en compañía de su amigo Phillip Rath, la aburrida plaza a orillas del Rin donde se hallaba estacionado su regimiento, para participar, como todos los años, del veraneo familiar en Lulinn. Se detuvieron en Berlín; en parte, para descansar un poco, pero también para que Phillip pudiera visitar brevemente a su familia, que residía en la capital. Al anochecer se reunieron en el domicilio de los padres de Johannes Degnelly, situado en la Schloss-Strasse y ahora vacío. Phillip llevó a su hermana Linda, amañecada belleza de dieciocho años que había sido compañera de escuela de Felicia y era

la prometida de Johannes desde hacía medio año. Los acompañaba un hombre al que el teniente no conocía: Alex Lombard, de Múnich.

—Nuestros respectivos padres eran socios —explicó Phillip—. De eso nos conocemos. Encontré a Alex por casualidad y, como él no tenía ningún plan, lo invité a venir.

Johannes y Alex se estrecharon las manos, y el teniente pensó en el acto: «Un hombre interesante. Sin duda me lleva unos diez años».

—Lombard —dijo, frunciendo ligeramente el entrecejo—. ¿Es usted...?

—De los Lombard de Múnich, sí —contestó Alex con una sonrisa—. Pero la fábrica de tejidos pertenece a mi padre. De vez en cuando, como ahora, viajo en su nombre, cuando me canso de mi papel de hijo descastado...

Los cuatro pasaron una velada divertida. Johannes había comprado champaña, sonaba el gramófono, y por el balcón abierto penetraba la templada brisa nocturna. Alex resultó una compañía entretenida. Sabía contar historias amenas, imitar con suma gracia a personas conocidas a lo largo de su vida y ridiculizarse a sí mismo, a otros y al mundo entero con tanta osadía que, de no ser un poco demasiado mordaz su ironía y no contener sus burlas una cierta dosis de veneno, habría sido para torcerse de risa. Quienes lo escuchaban no sabían si recrearse con sus ocurrencias o sentirse molestos. «Alguien debió de ofenderte gravemente alguna vez —pensó Johannes—. Además, tengo la impresión de que bebes de manera excesiva».

La velada tomó un giro fatal hacia la medianoche, cuando los invitados habían decidido retirarse y, de repente, Alex Lombard quedó inmóvil en el recibidor.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡No me había fijado en esto!

Lo que acababa de llamar su atención era el retrato al óleo de una muchacha sentada de forma descuidada y casi casual en el brazo de un sofá. Llevaba un vestido de color lila pálido, sostenía un sombrero blanco de paja en las ma-

nos, y en el escote destacaba una rosa también blanca. Los ensortijados cabellos morenos le caían hasta la cintura. Aquella joven no correspondía, en realidad, al ideal de belleza de su época, que exigía un tipo de mujer más delicado y suave, pálido y fino como una frágil porcelana. La chica del cuadro no parecía dulce ni frágil. Tenía el rostro alargado, de nariz recta y labios bien dibujados, que sonreían con una gran confianza. La despejada y clara frente confería a la cara un aspecto inesperadamente distinguido.

—¿Quién es? —preguntó Alex, fascinado.

—Mi hermana Felicia —contestó Johannes—. La pintó mi tío Leo, y creo que estuvo muy acertado.

—Felicia —dijo Alex, pronunciando su nombre como si se le deshiciera en la lengua.

Volvió a enfrascarse en el cuadro, sin hacer caso de las expresivas miradas que intercambiaban Johannes y Phillip. Alex se imaginaba la voz de Felicia, sus movimientos y cómo debía de sonar su risa. En todo lo que hiciera, habría probablemente una chispa de ironía y un incontenible deseo de provocar. La muchacha entera se le antojaba una provocación. Era tanto una joven de buena familia como una *femme fatale*, y Lombard supuso que sabría combinar de modo muy convincente ambos papeles. Felicia era la aristócrata de sombrero, guantes y costosas alhajas, pero al mismo tiempo era la campesina acucillada al borde de un polvoriento camino vecinal, que se abanicaba con una gran hoja de arce.

Pero el verdadero misterio se hallaba en sus ojos, de un gris claro y limpio, sin el menor asomo de un dulcificante tono azul o verde. Unos ojos fríos, en completa contradicción con la sonrisa de la boca. Ojos extasiados, despectivos y dominantes. Ojos misteriosos, que no revelaban nada y parecían no permitir que su dueña fuese examinada y conocida jamás.

«Esta mujer nunca se entregará del todo a nadie —se dijo Alex, que de pronto tuvo la extraña sensación de mi-

rarse en un espejo y apartó rápidamente tales pensamientos—. ¡Qué tontería! Romanticismos absurdos. Es una muchacha normal. Es posible que el pintor no le tuviera mucha simpatía, y por eso le puso esos ojos tan fríos».

—Muy bonita —comentó, en un tono un poco ligero—. ¡Tiene usted una hermana muy bonita, teniente!

—Vuelve locos a todos los hombres que se cruzan en su camino —respondió Johannes—, pero, en vez de sentar cabeza y casarse, bebe los vientos por un fanático socialista que ni le hace caso.

—Encaja en su aspecto —señaló Alex Lombard—. Las mujeres como ella no soportan ser adoradas.

Habían abandonado el piso y estaban en la escalera, de anchos peldaños y alfombras rojas. Linda y Johannes tenían las manos enlazadas y, por lo visto, no podían separarse, mientras que Alex y Phillip estaban embebidos en una conversación sobre vinos alemanes y franceses. Se abrió la puerta de la planta baja, y el anciano magistrado que allí vivía sacó la cabeza. No tenía familia y siempre estaba al acecho para ver si atrapaba a alguno de los Degnelly, con el fin de enzarzarlo en una charla. Ahora, en plena medianoche, sus ojos brillaban de entusiasmo.

—¿Ya se han enterado de lo ocurrido? —preguntó.

Johannes, que no tenía la conciencia muy limpia a causa de la música a todo volumen, sonrió con más amabilidad que de costumbre.

—No. ¿Qué ha pasado?

Se imaginó que la gata del vecino habría parido, o algo por el estilo.

—El heredero de la Corona austríaca y su esposa fueron víctimas de un atentado. En Sarajevo. Los dos resultaron muertos. Es de sospechar que el asesino procedía de Serbia.

Johannes soltó la mano de Linda. Phillip y Alex enmudecieron.

—¿Qué? —murmuró Johannes al fin.

—Lo que oyen. Todos los periódicos han publicado números extraordinarios. ¡El archiduque Francisco Fernando ha muerto!

—Pero eso es...

Los tres parecían petrificados. Por último, Phillip musitó:

—La próxima guerra será desatada por cualquier bagatela en los Balcanes...

—¿Qué?

—Bismarck. Bismarck lo dijo, en cierta ocasión.

Alex esbozó una risita.

—Esa bagatela en los Balcanes, creo que aquí la tenemos. Y, en tal caso... ¡buenas noches!

Se puso el sombrero y acabó de bajar la escalera silbando, mientras que a sus espaldas se desataba una gran confusión de voces.

—Hace tiempo que en Servia y Croacia bullía la cosa... Austria no tolerará semejante provocación.

—Entonces nos veremos complicados en el lío. Alemania tiene un pacto con Austria. Por otra parte, nadie sabe si el gobierno servio intervino en el asunto, y a causa de un terrorista...

—Mi padre suele decir que, si ha de estallar una guerra, será en la frontera con Francia, ya que los franceses no renuncian a Alsacia-Lorena.

—Y en eso tiene razón, Linda.

—¿Creéis que los austríacos...?

—¿Podrías imaginarte morir? —preguntó Christian de pronto, y su amigo Jorias, que había estado dormitando, se estremeció.

—¿Qué dices?

—Pensaba en que, si hay guerra y dura lo suficiente, también nos movilizarán a nosotros. El año próximo nos tocará el examen de aspirantes a oficial, y entonces... ¡Cuesta hacerse a la idea, tan súbitamente!

Jorias hizo un lento gesto de afirmación. La locomotora emitió un estridente pitido, y las ruedas comenzaron a traquetear con sordo ruido sobre las vías. Los dos muchachos miraron por la ventanilla, pero la veraniega noche estaba ya muy avanzada y solo pudieron ver el reflejo de su departamento débilmente iluminado.

—Ya no tardaremos en llegar a Insterburg —indicó Christian, y en su voz vibraba la alegría.

Era el hermano menor de Felicia, acababa de cumplir dieciséis años y figuraba entre aquellos jóvenes de los que el Imperio se sentía especialmente orgulloso: ¡era un cadete! Christian había seguido el típico camino en el que ya los niños eran convertidos en soldados y educados en el sentido de la más rigurosa tradición prusiana, sometidos a una instrucción agotadora, cultos como pequeños profesores y, sobre todo, imbuidos de un santo amor al káiser, a la patria y... a la muerte.

Christian y su amigo Jorias, que por ser huérfano había sido incluido en la vida familiar de los Degnely, habían abandonado el centro de estudios preliminares de Kóslin y ahora se preparaban en la escuela de cadetes de Lichterfelde para el examen que los habría de elevar a la categoría de aspirantes a oficial. Llevaban un uniforme gris de cuello ceñido y duro, guantes níveos y —lo que más los enorgullecía— las blancas hombreras que distinguían a los alumnos de la academia.

Parecían muy adultos con todo ello, pero, por mucho que hubieran iniciado la carrera militar, no tenían más que dieciséis años. Y era verano. ¡Comienzo de las vacaciones! Lulinn esperaba. Por regla general, cuando viajaban en ese tren no hablaban más que de las próximas cinco semanas. Esta vez, en cambio, permanecían los dos bastante callados.

Pese a que el tren los alejaba un kilómetro tras otro de Berlín, los aguardaba la libertad y aquella misma noche dormirían en su adorada buhardilla de Lulinn. Por su me-